

Elena Poniatowska: Soldadera de lo nuestro

Denise Dresser

Con motivo de la aparición del segundo tomo de las Obras Reunidas de Elena Poniatowska, que compila Hasta no verte Jesús mío, La “Flor de Lis” y Paseo de la Reforma, Denise Dresser aborda en este texto la obra narrativa de la que acaso sea la escritora más importante de nuestro país y una de las cronistas más certeras del México actual.

Elena Poniatowska, princesa de Polonia por nacimiento y emperatriz de las letras nacionales por toda una vida de trabajo y entrega ética, dice la dramaturga Sabina Berman. “La Princesa Roja” como la llaman sus familiares europeos que poco ve porque es tan diferente de cómo se hubieran esperado que fuera. La *girlscout*, símbolo de brújulas y mapas que nos indican hacia dónde debemos ir, qué país deberíamos ser. Irónica, irreverente, preguntona. Difícil colocarla en cualquiera de las categorías tradicionales de la literatura mexicana precisamente porque ha forjado —en años de ser como es— un perfil particular, incomparable: el propio. El de Elena Poniatowska.

Navegando entre la ficción y la no ficción. Entre la extranjería y la pertenencia. Entre el México de los de abajo y el México de los de arriba. Entre la libertad de las calles que recorre Jesusa Palancares y los universos de privilegio que habita Mariana en *La “Flor de Lis”*. Entre el mundo abierto y agreste de Jesusa Palancares y el espacio cerrado y claustrofóbico de Ashby Egbert, señorito perfumado que pasea a lo largo del Paseo de la Reforma, miembro de una estirpe de aquellos que no ven

a los meseros ni a los choferes de taxi, ni a los vendedores ambulantes.

Retratando dulce y maliciosamente el mundo aristocrático de quienes México les permite vivir gran parte del año en Europa. El mundo de los que reciben sus rentas y los surcos del maíz y el frijol los alimentan, pero ellos no saben ni cómo se siembra ni quiénes siembran. Sus fortunas, como sus caballos, provienen de sus haciendas y del trabajo de sus agradecidos peones, un montón moreno, montón de manta, de paja. Habitantes indiferentes del país de las contradicciones permanentes. El país de las máscaras que ocultan y las caras que sonríen, como lo definiera Octavio Paz.

Elena, Elenísima, puente cotidiano entre las instituciones como nos dicen que son y como las padecemos. Entre el lugar que disfrutan los privilegiados y sobreviven quienes no lo son. Sabedora de que en la visión de los ricos “la calle es para los pelados”, pero atrincherada allí, contando todo lo que presencia.

A veces recreando mujeres pobres pero libres. A veces inventando mujeres ricas pero atrapadas, amarradas, cuerpos convertidos en jarrones decorativos. Escri-

be: “estas mujeres que van relevándose en cambiar el agua de las ánforas son mis antecesoras: son los mismos floreros que van heredándose de madre a hija”.

Florero que Elena Poniatowska nunca quiso ser. No ha abandonado el disfraz de niña buena, pero hace décadas dejó de serlo. Aparenta ser princesa de paseo por el país: elegante, relajada pero es más bien conciencia nacional, capaz de una dureza brutal detrás de la sonrisa franca. Confrontando al mundo mexicano, sacudiendo todas las certezas. Transgrediendo con su pluma la clase social en la cual nació y que pudo haberla determinado.

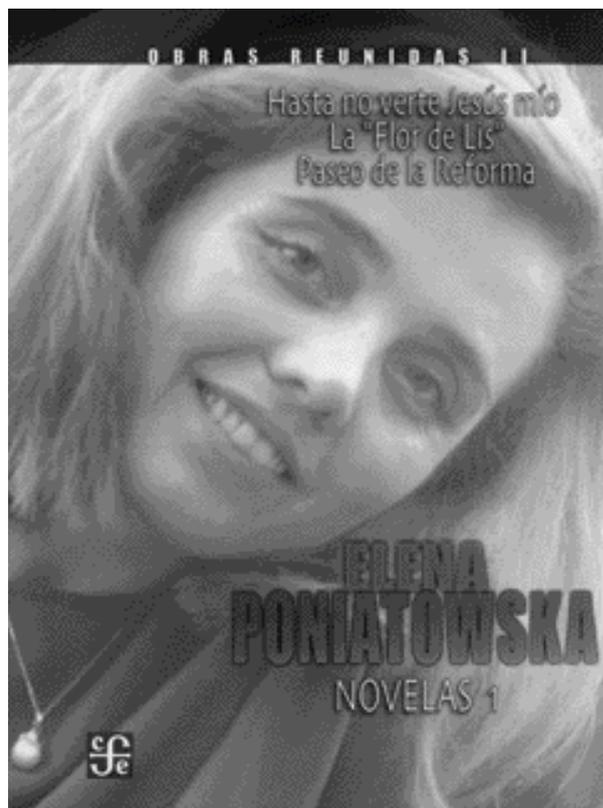
Ángel justiciero, erigiéndose en voz de quienes no la tienen; en adelita de los “mal nacidos” —de aquellos cuyo rostro se confunde “con el color de la tierra”— porque pocos más pelearán por ellos. Defensora de los bultos enrebozados que se persignan cargando una mugre en la cara. Soldadera de lo nuestro. Amanuense de los abandonados. La que quiso dejar de ser una “pinche emigrada” como alguna de sus protagonistas y se convirtió en traductora de la patria.

Cronista de la patria de los otros, de los pobres, de los hambrientos, de los subalternos, de los periféricos, de los privados de poder. Dándole palabra a los excluidos del discurso social; a las mujeres, a los campesinos, a los trabajadores, a los estudiantes. La princesa preguntona que hace hablar a uno de sus personajes más entrañables en *Hasta no verte Jesús mío*. Jesusa la marginada, la desmitificadora, la que no se deja, la que resiste. Jesusa la que vive en Elena, en su hija, en la mía, en las otras niñas que vienen, en las hijas de la Guayaba. La que no tiene miedo a decir sobre la Revolución lo que otros preferirían guardar:

Yo creo que fue una guerra malentendida porque eso de que se mataran unos a otros, padres contra hijos, hermanos contra hermanos: carrancistas, villistas, zapatistas, pues eran puras tarugadas porque éramos los mismos muertos de hambre. Pero esas son cosas que, como dicen, por sabidas se callan (...). La Revolución no ha cambiado nada. Nomás estamos más muertos de hambre.

Jesusa Palancares, la que no milita en partido alguno, no hace política, no asiste a ninguna manifestación, a ningún mitin, no se adhiere a las protestas, tampoco invade tierras. Dice Elena que no puede ponerla a hacer guardia bajo ninguna bandera rojinegra ni hacerla desfilar en las filas de un sindicato. Ella ya está de vuelta de todo eso.

Jesusa Palancares, recordatorio insistente de todo lo que no cambia. Recordatorio de que “desde que el mundo es mundo la gente rica se ha quedado igual, igualita, como quien oye llover”. Recordatorio de “si

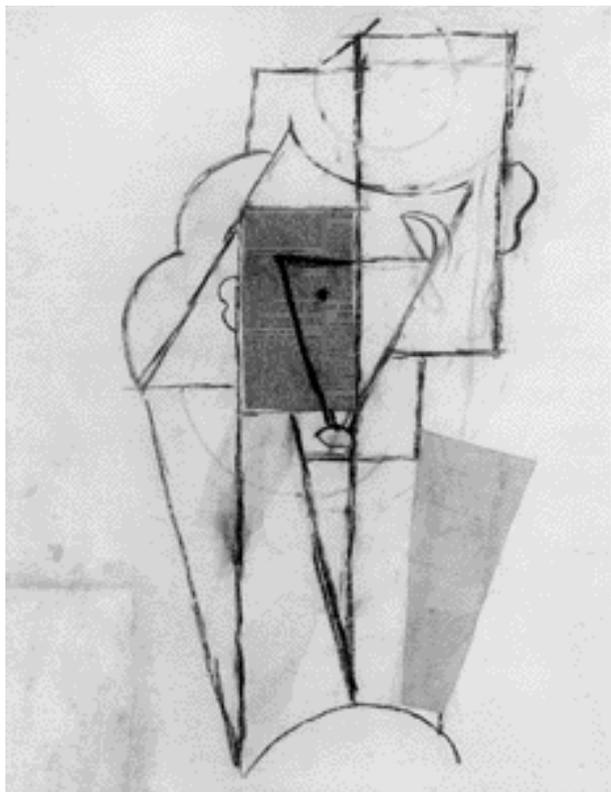


Elena Poniatowska, *Novelas 1*, FCE, México, 2006

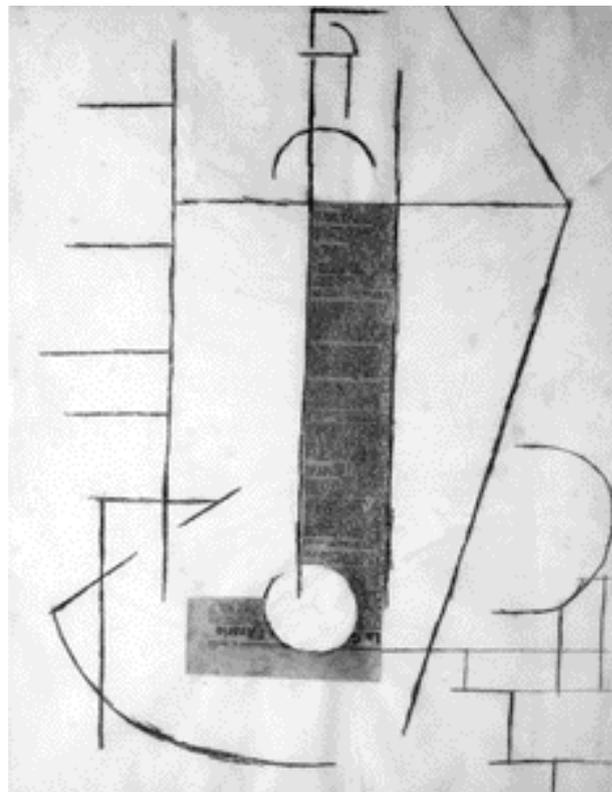
venían los zapatistas los robaban, si venían los carrancistas los robaban, entonces, ¿pa' qué lado se hacían los pobres? Vocera de la sal de la tierra, de aquellos que estarán esclavizados porque “todo el que viene nos muerde, nos deja mancos, chimuelos, cojos y con nuestros pedazos hace su casa”. ¿Quién sabe que ahora sí los bandidos son ricos porque se roban los bienes de la nación? ¿Quién piensa que a los jodidos se los guacamolean toditos?: “Al pueblo lo engañan vilmente”. “No creo que haiga buenos”, dice:

Porque la vida es como una permanente tienda de raya para los pobres. Fábricas y fábricas y talleres y changarros y piqueras y pulquerías y cantinas y salones de baile y más fábricas y talleres y lavaderos y señoras fregonas y tortillas y duro y dale con la bebedera del pulque, tequila y hojas en la madrugada para las crudas. Y amigas y amigos que no servían para nada, y perros que me dejaban sola por andar siguiendo a sus perras. Y hombres peores que perros del mal y policías ladrones y pelados abusivos. Y yo siempre sola...

Jesusa Palancares: rebelde, independiente, calzonuda, exaltada por desobediente, convencida de que “en el mismo infierno debe haber un lugar para las dejadas”. Dispuesta a lanzarse a la bola y volver a las andadas si llegara a haber una Revolución y se ofreciera. Como reconoce Elena en un artículo publicado en la revista *Vuelta*: “le pedí que me contara su vida (porque la había escuchado hablar en un lavadero y me pareció



Pablo Picasso, *Cabeza de mujer*, 1912



Pablo Picasso, *Botella sobre una mesa*, 1912

formidable su lenguaje y su capacidad de indignación”. Envidiada quizá por quien transcribe sus palabras, porque una mujer llamada Carito Amor de Fournier le dijo enojada en el Convento de Santa María Auxiliadora en Roma: “Muchachita, te vamos a dejar escribir novelas pero no vivirlas”.

Elena la que siempre ha querido despojarse de las formas que asfixian, de los guantes blancos que su madre le exigía que se pusiera antes de salir a entrevistar a los piojosos. Elena la que nunca ha dejado de preguntar. Elena la masoquista, como se describe a sí misma, atornillada frente a la máquina, condenada. Consciente de la verdad contenida en las palabras del padre Teufel en *La “Flor de Lis”*: “La mujer es quien tiene la potestad de cambiar el mundo”. “Hay que destruir a la sociedad a la que usted pertenece, hacerla trizas con sus prejuicios, su vanidad, su impotencia física y moral. ¡Y gente como usted puede hacerlo desde dentro! Descastarse, niña Blanca, des-cas-tar-se”. Descastarse, princesa Elena, descastarse.

Elena se descasta y —al hacerlo— se encuentra a sí misma, con Jesusa como guía. Deja de ser como las niñas de *La “Flor de Lis”*: desarraigadas, flotantes en México, castigadas con la extranjería, atadas con una cuerda frágil, medidas por vientos demasiado fuertes para un mecate tan fino.

Elena se sabe salvada por Jesusa; lo reconoce, lo intuye, lo escribe:

Mientras ella hablaba surgían en mi mente las imágenes y todas me producían una gran alegría. Me sentía fuerte de

todo lo que no he vivido. Llegaba a mi casa y les decía: “Saben, algo nuevo está naciendo en mí, algo nuevo que no existía” pero no contestaban nada. Yo les quería decir: “Tengo cada vez más fuerza, estoy creciendo, ahora sí voy a ser una mujer”. Lo que crecía o a lo mejor estaba allí desde hace años era el ser mexicana; el hacerme mexicana; sentir que México estaba dentro de mí y que era el mismo que el de la Jesusa y que con sólo abrir la rendija saldría.

Yo ya no era la niña de ocho años que vino en un barco de refugiados “El Marqués de Comillas”, hija de eternos ausentes, de viajeros de transatlántico, hija de barcos, hija de trenes, sino que México estaba dentro, era un animalote dentro (...), un animal fuerte, lozano, que se engrandecía hasta ocupar todo el lugar. Descubrirlo fue como tener de pronto, una verdad entre las manos, una lámpara que se enciende bien fuerte y echa su luz sobre el piso.

Continúa Elena:

Mis abuelos, mis tatarabuelos tenían una frase clave: *I don't belong*. Una noche, antes de que viniera el sueño, después de identificarme con Jesusa y repasar una a una todas sus imágenes, pude decirme en voz baja: “Yo sí pertenezco”.

Pertenece y nos pertenece, porque pregunta —al existir y escribir— todos los días: “¿Qué no se han dado cuenta de que hay millones de mexicanos que no comen? ¿Qué no se han dado cuenta de que hay millones de mexicanos que no leen?”. Porque nos cuestiona, como

lo hace en el libro *Paseo de la Reforma*: “¿No se han dado cuenta de que la esencia de México no está en sus lanas de colores y su agua de chía, sino en algo mucho más profundo: su miseria?”.

Elena Poniatowska pertenece y nos pertenece porque le recuerda a los miembros de la élite cuán lejos están de su compromiso con los deberes históricos. Porque revela a México como un país de fantoches, un país sin rostro, un país avergonzado de sí mismo, un país de mentirosos. Vivido por los políticos, más que por los campesinos, los indios, los que lo hacen, dice su personaje Amaya Chacel. Gobernado por los que sobornan, falsifican, humillan, tuercen las leyes, silencian, ocultan, asfixian.

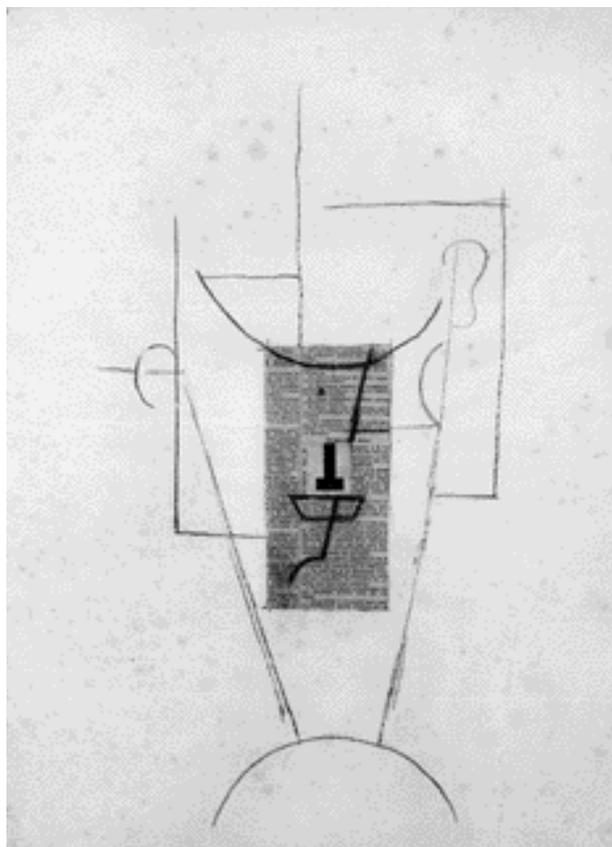
Un país lleno de miedo. Miedo a ese país de pobres, de “nacos”, de indígenas, de desarrapados. Miedo a quienes viven parados en los camellones vendiendo chicles o subsisten en el campo cultivando maíz. Miedo a los mineros enojados y a los cañeros sublevados. Miedo a los resentidos y a los marginados. Miedo a mirar la realidad del subdesarrollo detrás de la retórica de la modernidad. Miedo a la verdad y a nosotros mismos. Miedo a mirar al país tal y como es. Detrás de los mitos. Detrás de las cercas electrificadas cada vez más altas en las colonias más ricas. Detrás de la hipocresía fundacional en un país profunda y dolorosamente desigual.

Pero ante todo eso, está Elena, siempre Elena. La que como sus protagonistas, siente una imperiosa necesidad de correr riesgos. La que contestaría de la misma manera que Amaya Chacel cuando se le pregunta:

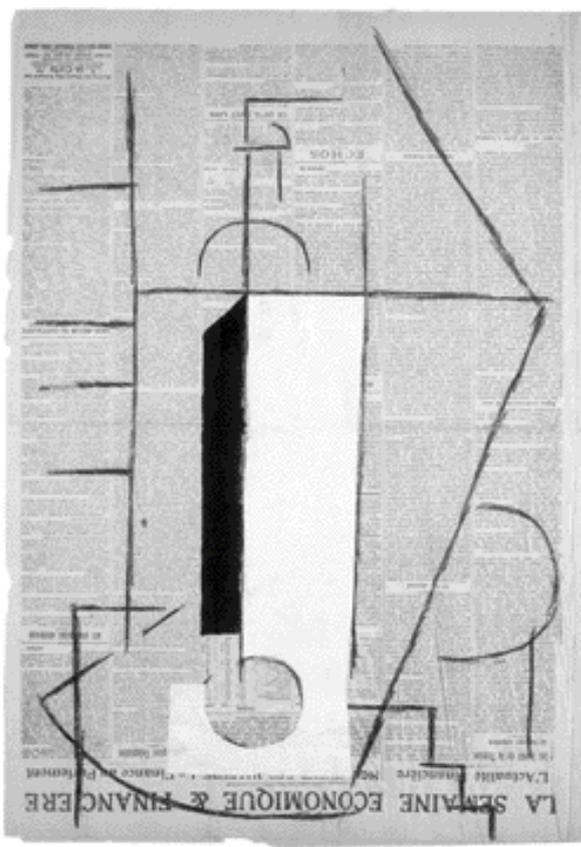
“Güerita, ¿por qué se mete en tantos líos?”. “Porque soy ciudadana”.

Recordándonos con su compromiso cotidiano que por cada tache que se le pueda poner al país hay una paloma. Cien palomas. Miles. Frente a todos los motivos para cerrar los ojos están todos los motivos para abrirlos. Frente a las razones para perder la fe están todas las razones para recuperarla. Los murales de Diego Rivera. Las enchiladas suizas de Sanborn’s. Las mariposas en Michoacán. El cine de Alfonso Cuarón. Los huevos rancheros y los chilaquiles con pollo. La sonrisa de Carmen Aristegui. El mole negro de Oaxaca. Los tacos al pastor con salsa y cilantro. El humor de Carlos Monsiváis. El mar en Punta Mita. Las canciones de Eugenia León. La poesía de Efraín Huerta. El Espacio Escultórico al amanecer. Cualquier Zócalo cualquier domingo. Y sí, libros como los de Elena Poniatowska.

Cada persona tendrá su propia lista, su propio pedazo del país colgado del corazón. Una lista larga, rica, colorida, voluptuosa, fragante. Una lista con la cual contener el pesimismo; un antídoto ante la apatía; una vacuna contra la desilusión. Una lista de lo mejor de México. Una lista para despertarse en las mañanas. Una lista para pelear contra lo que Susan Sontag llamó “la complicidad con el desastre”. En la mía, en un lugar prioritario, está Elena Poniatowska. Porque en el libro *Gritos y susurros: experiencias intempestivas de 38 mujeres*, Elena cuenta cómo su madre la asombró cuando tenía más de cincuenta años al decirle: “no te das cuenta Elena. Tú eras un rayo de sol”. Y para mí, para nosotros, lo sigue siendo. **U**



Pablo Picasso, *Cabeza de hombre*, 1912



Pablo Picasso, *Botella sobre una mesa*, 1912